



Hombre de fe al Servicio de los más necesitados **Entrevista a Mons. Francisco González, OP** **Obispo del Vicariato Apostólico de Puerto Maldonado**

Nuestra presencia en la amazonía sur del Perú ha sido y es una tarea constante gracias al apoyo y esfuerzo de hombres y mujeres que dan su vida por los pueblos indígenas. En esta entrevista realizada a Mons. Francisco, descubrimos el gran corazón de este misionero que lleva sobre sus hombros dirigir este gran vicariato apostólico. Un hombre de fe que se involucra en la realidad del pobre y cuya misión reafirma su compromiso y su activa acción para defender la dignidad de estos pueblos.



Para comenzar, quisiera preguntarle en qué medio surgió su vocación religiosa y por qué eligió a la orden dominicana para desarrollarla.

Tenía 17 años y estaba viviendo en Medina del Campo (Valladolid), en España. Un año antes había llegado allí un padre dominico, Aurelio Naranjo, recién llegado de las Misiones del Perú. Había organizado un club para jóvenes donde, más de 150 de ellos estaban organizados en diversas actividades como música, teatro, deportes, grupos de oración, biblioteca, animación social y cultural, la Misa de la Juventud.

Como misionero, todo el día paraba hablando de las misiones, de montón de anécdotas, costumbres de los indígenas, los animales, los grandes ríos y las dificultades y necesidades. Todo ello acabó por convertirse en un “virus” cuya enfermedad se llamaba “misionero dominico”.

De entre sus experiencias pastorales y personales vividas antes de venir a Perú, ¿cuáles han sido las que más le han marcado y más le han servido en su vida como religioso y sacerdote?

De las pastorales, sin duda alguna, haber participado en la fundación del proyecto de “Babilafuente”. Tres profesores y cuatro estudiantes de teología dominicos dejamos el Estudiantado para irnos a vivir a una zona rural en el campo de Salamanca. Fue un sobreesfuerzo: ir y volver cada día a Salamanca para asistir a la facultad, vivir en casas sin ninguna comodidad. Como no habían demasiados ingresos no nos permitía tener cocinera y tuvimos que aprender todos, no sólo a cocinar, sino a hacer el mercado, limpiar los cacharros de la cocina, barrer. Estudiar en medio del frío de Castilla en invierno y asándonos de calor en el verano. Hablar con la gente, con los jóvenes, con las familias, los niños, organizar los Centros Culturales, los Campamentos de



Verano, los catequistas, los sacramentos. Fue la mejor escuela para venir a las Misiones.

La experiencia personal que me marcó en lo religioso fue la primera caminata que hice desde el Santuario de la Virgen del Camino, en León, hasta la Virgen de Montesclaros, en Cantabria. Uno 190 Kms. hechos en tres días y medio. Llegué con los pies destrozados pero con el corazón henchido de paz y de la presencia de Dios. Cuando la oscuridad y la desesperanza me tientan el recuerdo de aquello se convierte en refugio hasta que pasa la tempestad.

Mons. Francisco nos gustaría que nos comente acerca de sus primeras impresiones cuando llegó al Perú. ¿Qué fue lo primero que le impresionó de este país, de su gente y del trabajo misionero?

Voy a tener que responder necesariamente con más brevedad. A quince días de llegar a Perú, estaba entrando a mi primer destino, Quillabamba. Iba en el tren que salía de Cusco. Todo lo que me rodeaba era tan distinto de donde venía que me sentía inmerso en un mundo totalmente ajeno y diferente: las montañas andinas, la vegetación exuberante, la gente que llenaba el tren, sus rostros, sus vestidos, sus cargas con todo tipo de cosas y animales. Y, cuando en medio de todo esto, una niña de unos cuatro años sentada a medio metro frente a mí, comenzó a cantarle a su papá una canción en un perfecto castellano, el idioma de mi lejana patria chica de Castilla, me dejó impactado y en estado de shock. Mi mente se agolpó en preguntas, sentimientos, Colón, conquista, sufrimiento, los incas, el oro, batallas, encomenderos, el inca Garcilaso.



En qué consiste ser un obispo misionero en la amazonía. Cuáles son sus principales rasgos distintivos y en qué se diferencia de la actividad pastoral de otros obispos.

Lo primero es la dependencia casi absoluta en lo económico de otras iglesias e instituciones hermanas del extranjero.

A la falta de recursos económicos le sigue la falta de recursos humanos, sobre todo de sacerdotes, misioneros y misioneras suficientes para atender un extensísimo territorio.



Las dificultades del medio se convierten en parte inherente de la tarea pastoral, el calor, los ríos, las distancias, la inseguridad de los caminos ahora polvorientos, ahora convertidos en ríos y lagunas. Los moscos omnipresentes, las enfermedades endémicas tropicales siempre al acecho.

¿Es posible ser un verdadero Pastor en un territorio de 150 mil km² y con poblaciones tan heterogéneas? ¿Cómo hace para que en territorios tan dispares puedan sentirlo cercano?



Tengo que reconocerte que no me veo como un verdadero Pastor. Cuando leo la vida y los hechos de un paisano nacido en la misma provincia de donde procedo, me refiero a Santo Toribio de Mogrovejo, en él sí puedo reconocer al verdadero Pastor, al santo Pastor, al infatigable y entregado Pastor. A su lado yo no alcanzo a sentirme ni una pequeña hormiga.

Tengo la sensación de que, en lo que de mi depende, está aún casi todo por hacer.

La función de un Obispo es enseñar, santificar y gobernar, todas estas funciones, sin duda, las tiene que realizar, pero si tuviera que elegir entre una de ellas ¿con cuál se quedaría y por qué?

Evidentemente que santificar, a las finales es adonde tenemos que llegar todos, y a la que están supeditadas las otras dos. Si no se enseña y aprendemos para ser santos, será mera erudición; si no se gobierna y se



obedece para llegar a la santidad, se convierte en poder y dependencia estériles e impensables desde el Evangelio.

Usted es un participante directo de la historia actual del sur amazónico peruano, que vive en los últimos años situaciones frecuentes de convulsión, derivadas sobre todo de la explotación de recursos naturales. Desde su punto de vista, ¿Cuáles son los fenómenos actuales más trascendentes y qué impactos vienen generando en las poblaciones locales?

Hoy en día la actividad extractiva en toda la Amazonía y la zona Andina peruana, pero también en todos los países de Latinoamérica, se ha convertido en el gran problema para nuestros pueblos y sus habitantes. Las grandes empresas multinacionales conciertan con los gobiernos nacionales los diabólicos contratos ley, donde toda la maquinaria política, judicial y policial se pone a disposición de este tipo de empresas, cuyos objetivos son estrictamente económicos para los accionistas que las componen. En ellas no hay dueños con nombre propio. Desde el más alto director hasta los ingenieros y el personal de seguridad y vigilancia, no son más que meros empleados cuyo cometido es cumplir el objetivo de la sobre ganancia, y si no lo hace lo que les amenaza es el despido. Por eso lo que tendrían que cumplir en sus propios países en medidas de seguridad, medioambiente, contaminación, etc., aquí son ignoradas olímpicamente en todas sus actividades extractivas, sea en la madera, el oro, el gas, petróleo, los minerales o biocombustibles, generando deforestación, envenenamiento del aire, de las aguas, desplazamientos forzados de las poblaciones, ignorando la forma de vida e intereses y derechos de los pueblos milenarios allí asentados.

Todos sabemos de la violencia, la destrucción y muertes que todo este movimiento está generando en nuestros territorios, donde la experiencia en todos los lugares donde se da una actividad extractiva, es que a su paso sólo deja en el lugar más pobreza, destrucción social y cultural, y contaminación permanente, mientras la riqueza vuela hacia los países que tienen la técnica y ponen el capital.

¿Es posible que exista un camino para alcanzar un desarrollo sostenible que pueda equilibrar desarrollo económico y preservación cultural?

Indudablemente. Pero es un camino que pasa por un replanteamiento social, político, económico globalizante alrededor del respeto y responsabilidad frente al planeta, de primacía de la solidaridad e inclusión de los países pobres en el acceso a la tecnología y el reparto de los bienes. Pasa por una conversión del primer mundo a la austeridad, el equilibrio y la armonía social y personal, frente al desenfreno productivo capitalista, la búsqueda de beneficios personales, corporativos, nacionales excluyentes. Pasar del derroche escandaloso, del lujo insultante, de las diferencias económicas abismales, a una moderación que nos humanice y permita humanizar la vida de tantos millones de seres viviendo en la miseria, el hambre y la enfermedad.



Al final hay una elección simple que hacer: Seguir al Dios de la vida u optar por el dios de la muerte, el dios dinero.

Fenómenos como el narcotráfico, las violaciones a los DD.HH., la discriminación de la mujer o la explotación infantil, ¿están presentes en el sur de la amazonía peruana? De ser así, ¿qué capacidad de respuesta tiene la Iglesia frente a estos hechos?

En el Vicariato, frente a estas realidades, se intenta paliarlas con las Oficinas de DD.HH, los siete Hogares de Acogida de niños y niñas abandonados o explotados; seguimos persistiendo por la construcción de un centro para la recuperación de drogodependientes, sueño postergado año tras año, por la falta de recursos.

Alguna vez ha tenido que intervenir o ser intermediario en conflictos surgidos entre el estado y los pobladores de la amazonía. ¿Cómo ha vivido estos procesos de diálogo y qué papel desempeña en ellos?



En el segundo gran paro minero en Madre de Dios. En el primero yo no estaba y toda la cuadra donde estaba la sede del Gobierno Regional acabó ardiendo y destruyendo todo.

En el segundo podía ser aún peor. Gracias a Dios, en la mesa de seguimiento del paro, constituida por los representantes de los mineros, del Gobierno nacional, regional y local, así como los de las fuerzas armadas y policiales, pudimos llegar a un acuerdo previo al segundo día.

En el paro de La Convención, por el gas de Camisea, a raíz de unas declaraciones que hice en RPP, instando al premier a moderar sus ataques y calificativos para los habitantes convencianos, estando ya en Cusco para entrar a mediar, inexplicablemente me estuvieron entreteniendo con coordinaciones que debían hacer hasta provocar que no pudiera entrar a Quillabamba y Kiteni.

Gustavo Gutiérrez en su discurso después de recibir el Premio Príncipe de Asturias (2008) decía: "...yo no soy la voz de los sin voz, sólo quiero que los que no tienen voz la tengan. Ellos solos no cambiarán la historia,



pero mirándolos a ellos cambia todo”. ¿Hasta qué punto un obispo misionero puede involucrarse en la realidad del pobre y de los menos favorecidos?

Es fácil deducirlo desde la propia actitud de Jesús. Él vino para traer la buena noticia a los pobres, a los afligidos. En Él vemos cómo entiende y ejerce el poder, es decir, sirviendo. Él afirma que viene a buscar a las ovejas perdidas, a los leprosos de la sociedad, busca a los enfermos, a los que sufren, y sin ser enemigo de los ricos condena las riquezas y pide estar libre de ellas para poder seguirle. ¿Acaso no leemos el Evangelio?

Entre tanta miseria económica, moral y espiritual, ¿sería justo vivir en un “palacio episcopal”, refugiarnos en la catedral en ostentosas ceremonias, creerse “autoridad” y tomar actitudes como tal?

Una preocupación: ¿cómo anunciar el evangelio hoy frente a las injusticias sociales y desigualdades que vive nuestro país?

Creo que, además de los necesarios pronunciamientos y comunicados que solemos hacer desde la Conferencia Episcopal, no estaría mal que bajáramos a la cancha, que acompañemos personalmente a los afectados, que estemos físicamente con ellos y nos puedan considerar de ellos.

Seguramente que mucha de la violencia que acaba por desencadenarse en los conflictos se detendría, dando paso al diálogo y al sentido común para las partes implicadas.

Entrando al plano de la iglesia local que usted preside, ¿en qué momento nos encontramos? ¿Realmente se está logrando la consolidación que su antecesor Mons. Larrañeta buscaba con la creación de un Seminario en Pto. Maldonado?

Mons. Larrañeta hizo un trabajo y puso un empeño increíbles en este sentido, sinceramente creo que mi accionar no acaba por ser lo suficientemente rápido y fructífero del que ahora mismo estamos necesitando. Tengo muchas limitaciones que me obligan a tener que repensar esta última trayectoria de la cual soy el mayor responsable.

¿Cómo analiza la presencia misionera actual en pueblos nativos y a corto plazo qué retos considera usted que presenta esta actividad? ¿Cuál es su rol en estas poblaciones como Obispo?

La realidad misionera en pueblos indígenas está resultando insuficiente por la falta de nuevas incorporaciones que tengan este carisma. Que la Misión de Timpía carezca ahora mismo de un sacerdote misionero, es la voz de alarma del retroceso en el compromiso de las nuevas generaciones.

Y los retos, hoy en día, son tan urgentes y necesarios como en la genocida época del caucho.



Sus territorios están amenazados de expropiación. Su vida, su cultura e idiosincrasia se ven amenazadas por la presencia permanente de grandes empresas, maquinarias y actividades que horadan sus bosques, sus suelos, sus ríos, destruyendo y contaminando el aire, las aguas, los animales y dañando la flora y los ecosistemas.

Los jóvenes indígenas acaban sucumbiendo al estilo de vida “civilizado”, cayendo fácilmente en la tentación consumista, donde el sexo y el alcohol acaba por deslumbrarles, haciéndoles dar la espalda a su propia cultura, idioma y costumbres. Eso les deja en un vacío existencial y espiritual que no logra rescatarles su incipiente vivencia cristiana.

Algo que recuerdo con admiración cuando lo visité en Puerto Maldonado, fue su expresión de cercanía y cariño con los más ancianos ¿qué lo mueve a tener una especial atención con esta población?



Además de los niños y las mujeres, está este tercer grupo humano propenso al abandono y la miseria más injusta. En una sociedad donde se vive al día, donde comes si trabajas, donde no hay casi nada seguro para el día siguiente, el anciano está a merced de la carencia de todo, porque ya no puede trabajar, porque suele estar enfermo y no tiene para poder curarse, donde las relaciones familiares son

truncas y casi al paso, y el anciano y la anciana suelen no ser considerados como padres por sus hijos, si los tienen, porque quizás ellos no fueron tan padres con ellos.

Entonces están por ahí, sobreviviendo cada día con un plato de comida, viviendo en lugares de prestado o de maderas y plásticos. Algunos son increíblemente sabios, otros son el resultado de una vida desordenada y vacía. Pero todos son hombres y mujeres hijos de Dios, que sufren, que necesitan de nosotros, que son nuestros.

¿Con cuántas manos o ayudas cuenta para realizar los programas de desarrollo social y eclesial en el Vicariato? ¿A quienes falta sumar? O ¿qué falta por hacer?

Como dije al principio, todo lo que se puede hacer sólo es posible con la ayuda solidaria de afuera. Las Obras Misionales Pontificias, Propaganda Fide, Cor Unum, Adveniat, Misereor, las Conferencias Episcopales de Italia, Alemania, España, EE.UU., Canadá..., Selvas Amazónicas de Madrid, la ONG Acción



Secretariado de Misiones
SELVAS AMAZÓNICAS

Verapaz de los dominicos, diversos Gobiernos Autonómicos de España, el accionar de Mons. Larrañeta desde Navarra, el Fondo de las Américas, personas e instituciones particulares y muchas veces anónimas, conforman el entramado que solidariamente permite todo cuanto se está haciendo.

Por hacer, falta mucho, demasiado, pero se llega a donde se llega.

Cómo hace para que Francisco se renueve en su compromiso, en su vocación de dominico y en su fe para seguir caminando.

Muy breve. Dios lo hace todo. Y a veces a pesar de nuestra terrible inutilidad, cansancio y falta de fe.

Él, sólo Él.

***Por: Mónica Villanueva Galdos
Comunicadora Social***